

HAY QUE ARRIAR ESTA BANDERA

Traducción de ARTURO VIVEROS y KRYSZYNA LIBURA

EN 1988, EN UNA entrevista para *La Voz de América*, me preguntaron por la fuerza de Solidaridad. La pregunta era difícil de responder porque después de siete años de la imposición del estado de guerra era casi imposible hablar de la fuerza de Solidaridad. El ambiente se caracterizaba por el agobio común y la apatía social, la falta de fe y la imposibilidad de organizar acciones significativas de resistencia social. La gente empezaba poco a poco a fundirse con esa amorfa realidad de un estado de postguerra. Hablar de todo eso —pensaba— era renunciar a cualquier esperanza, encarcelar la imaginación.

En aquel entonces respondí con lo que me parecía una evasiva: que Solidaridad, además de sus actividades en la clandestinidad, era un gran mito político y que los mitos políticos, en un país como Polonia, constituyen una verdadera fuerza, y que por consiguiente los grandes mitos constituyen una gran fuerza. No sospechaba cuán verdaderas iban a resultar, muy poco tiempo después, aquellas palabras. Debí suponer que todo lo que había dicho era posible, y aun factible. Los últimos doscientos años de la historia polaca —sobre todo el siglo XIX— han demostrado que la principal fuerza política de los polacos ha sido vivir dentro de la imaginación, de la costumbre de los símbolos y los signos convencionales, con una gran fe en el mágico poder de las palabras, al grado de que algunos poetas pueden atar a los ejércitos de los imperios colindantes, del mismo modo que las visiones mesiánicas permiten soportar el terror policíaco, los procesos políticos, las condenas, los exilios y las más penosas cárceles.

Ante esta perspectiva, el sindicato Solidaridad de los años 1980 - 1981 corresponde al nacimiento del mito. Un mito que organizaba a los polacos en una lucha contra la realidad totalitaria del socialismo real; que trasponía el mito del comunismo pero a la inversa: a la idea de la clase obrera que era equivalente a la vanguardia de la humanidad se contrapuso la solidaridad social como principio de la vida pública; a la represión programada, el culto de la no violencia; al extremismo político doctrinal de los comunistas, la opción del centro ("Nosotros tenemos solamente *sans-culottes*", decía Karol Modzelewski, uno de los líderes de Solidaridad); y a la burocracia comunista, las libres estructuras del sistema de autogestión, etc. La experiencia de 16 meses de vida de Solidaridad contribuyó a edificar ese mito y hacerlo profundamente duradero en la conciencia polaca. "En cuanto a los polacos esto es cierto: No olvidarán —escribía Timothy Garton Ash en *La revolución polaca. Solidaridad 1980 - 1981*. Aunque las células de 'Solidaridad' van desapareciendo poco a poco aun en las grandes empresas, a pesar de que se escondan estafetas, fotos y cintas

en el fondo del último cajón, los dramas, ideas y métodos políticos de la revolución polaca vivirán en la más tenaz de las memorias nacionales, vivirán como mito y como precedente. La simple constatación 'No olvidarán' tiene un significado político primordial (...) pero exactamente por esto que ellos no olvidarán, tarde o temprano llegará el día en que tanto nosotros como los maestros de la amnesia tendremos que recordar que los polacos todavía esperan impacientemente la libertad."

Los primeros síntomas de cambio se pudieron observar durante 1980 y 1981. La aparición del periódico clandestino *Res Publica* en el circuito oficial, el sondeo acerca de la posibilidad del diálogo con la oposición, el cambio en la jefatura del partido y, finalmente, la célebre conversación en televisión entre el jefe del sindicato comunista y Lech Walesa produjeron la ruptura. Para los comunistas se hizo evidente que la imagen del adversario político creada por su propia propaganda nada tenía que ver con la realidad. Por otra parte el mito de Solidaridad personificado en Lech Walesa empezó su labor movilizadora.

Los acontecimientos se desarrollaron entonces de modo acelerado: "la mesa redonda" y el contrato, celebrado como consecuencia de las pláticas, el desastre de los comunistas en las elecciones del 4 de junio de 1989 ante la aplastante victoria de Solidaridad, la toma del poder por la oposición, condicionada por ejemplo a que tanto el ministro del Interior como el de Defensa Nacional fuesen comunistas, y finalmente la desaparición del partido comunista y la posterior salida a flote, a partir de él, de dos partidos con sendos programas declaradamente socialdemócratas.

¿Cuál fue la causa de los vertiginosos cambios en Polonia? ¿Fueron estos cambios verdaderamente esenciales? No hay acuerdo entre las diferentes respuestas a estas preguntas. Generalmente las dos alternativas se oponen entre sí. Unos creen que los acontecimientos fueron el resultado del descrédito de la ideología, del resquebrajamiento y descomposición del sistema comunista y de la completa ineptitud en la administración del país. Otros, por su parte, piensan que la manera de introducir los cambios, así como su "tempo", es únicamente un astuto juego con el que los comunistas aprovecharon la ingenuidad de los líderes de la oposición para fortalecerse, modificando sólo el sistema del poder, que es dirigido por ellos mismos. El primer grupo cree fervientemente que el totalitarismo comunista está reducido a escombros desde hace tiempo. El otro grupo, por el contrario, observa con desconfianza la autenticidad de los acontecimientos de hoy y considera que la esencia del poder permanece inalterada, por lo que podría restaurarse en poco tiempo.

Dejemos a los historiadores el problema de las distintas interrogantes sobre las causas, en virtud de que todo esto no determina el desarrollo de los acontecimientos en Polonia. Mucho más importante es, por supuesto, responder sobre la esencia de los cambios que están ocurriendo en este país. Al parecer, estas dos actitudes extremistas no son totalmente válidas. Los optimistas convencidos de la destrucción completa del totalitarismo olvidan que en Polonia los cambios obedecen a un proceso evolutivo y que la raíz del aparato represivo ha quedado en las viejas estructuras, del mismo modo que, en su mayoría, ha permanecido la vieja administración comunista; no obstante hay que tener presente que los hábitos del viejo régimen no se pueden cambiar tan abruptamente como para afirmar que los polacos viven ahora con una nueva mentalidad. También se equivocan, sin embargo, los pesimistas cuando afirman que los residuos básicos del viejo régimen determinan que nada ha cambiado, que sólo hay cambios en la zona exterior, en la fachada, en tanto que la esencia del poder comunista (legalizada ahora por el surgimiento de la oposición en la vida pública) ha quedado intacta. Aun suponiendo que todos los cambios administrativo-jurídicos pudiesen retroceder, la nueva gente que desde hace algún tiempo hay en el aparato de poder, las nuevas estructuras políticas, y la desaparición de la censura en la vida pública, tendrían que producir justamente ciertos cambios en la mentalidad, que imposibilitarían el retorno al *status quo ante*, es decir, a la realidad del antiguo régimen.

Podría resultar estéril, por tanto, discutir si los acontecimientos en Polonia tienen las características de un cambio definitivo del sistema político. Del mismo modo, tan estéril resulta embelesarse con la libertad como atemorizarse sobre una conjura comunista y el posible resurgimiento del comunismo real o de algo aun peor en virtud de que lo primero no aporta casi nada para la construcción de un nuevo orden y adormece frente a los peligros verdaderos, y de que lo segundo induce a la lucha perpetua y apela —porque tienen que apelar— a la única fuerza para enfrentarse al adversario, es decir a la mitología de Solidaridad. Las consecuencias de la valoración de la realidad contemporánea polaca resultan desafortunadas tanto en el primero como en el segundo caso: en ambos, la herencia del mito de Solidaridad proyecta una larga sombra no solamente sobre el pensamiento de la situación actual, sino también sobre los actos concretos cuyo objetivo es construir el nuevo orden.

Solidaridad elaboró la mitología de la lucha total. Por eso, como acontecimiento, Solidaridad era algo inconcebible, puesto que concentraba toda la fuerza posible en un solo frente contra el enemigo. Era por consiguiente el sindicato de todos los sindicatos contra el empleador, el estado comunista nomenclatural. Era también el movimiento social de todos los polacos contra las ordenaciones administrativas del aparato de poder, era el Partido Político de todos los partidos contra el monopartidismo comunista. En la fase de "la mesa redonda" la oposición, representante de la sociedad, llegó con toda la mitología de Solidaridad: omnipartido, omnimovimiento, omnisindicato. En este tiempo, sin embargo, no había alternativa. No obstante, la situación empezó a cambiar drásticamente después de la victoria electoral, es decir cuando se hizo evidente que los diputados de Solidaridad empezaron a dominar la vida parlamentaria. La situación cambió

todavía más drásticamente cuando tomó el poder el gobierno de Solidaridad, y cambió del todo cuando el partido comunista desapareció oficialmente del escenario político. Entonces empezó a volverse cada vez más oprimiente, y más molesto y doloroso, el corsé de la mitología de Solidaridad, mostrando su evidente inadecuación al nuevo sistema, como se verá a continuación.

Empecemos por la vida política. Desde los primeros meses posteriores a las elecciones al parlamento fue claro que la autodefinición política de los diputados de Solidaridad no dejaba de ser problemática. Elegidos de modo bastante casual y no totalmente representativos, éstos, ante la necesidad de resolver cuestiones concretas, no tenían muy claro qué intereses debían defender: o bien solidarizarse con Solidaridad y votar siguiendo la disciplina del partido, o bien romper con ella y votar en favor de las decisiones más cercanas al corazón. La situación se agravó todavía más después de que la oposición tomó el poder. Surgieron las preguntas: ¿a quién representa este gobierno?, ¿el programa de quién debe realizarse?, ¿cuáles intereses deben defenderse? La respuesta pudiera parecer simple: El gobierno es de Solidaridad, luego es nuestro, luego de toda la sociedad, que luchaba contra el totalitarismo comunista. Esta respuesta empero no podía satisfacer a nadie, porque el gobierno estaba obligado a realizar un programa concreto, y éste no podía ser de todos los polacos, cosa sencillamente imposible. Además, para un gobierno así, es hasta difícil concebir una oposición. No se trata aquí de hacer la crítica de las acciones concretas del gobierno, sino más bien de una reflexión y una actuación congruentes con las categorías inherentes a la oposición política, es decir las categorías del pensamiento de los programas alternativos, y de aquello que los ingleses llaman *shadow cabinet*, así como las de la lucha por el poder. Una oposición así, sería, con peso propio, no existe. Por lo tanto, no estamos frente a una situación sana, ni siquiera para el gobierno actual.

La herencia de la unidad solidaria política y, en consecuencia, los resultados de la "mesa redonda" suponen un peligro todavía mayor. Veamos: tenemos el sistema de la oposición en el poder, lo que es, por razones naturales, un monolito de postsolidaridad. Ante esta situación ¿cómo puede iniciarse una vida política libre, en donde participen distintas fuerzas, representantes de los diversos intereses, correspondientes a las agrupaciones sociales evidentemente existentes? Desde el punto de vista de esos intereses, el sistema parlamentario, resultado de la "mesa redonda", no es, en lo absoluto, representativo; sin embargo, domina enteramente la vida política polaca. Hay por lo menos tres soluciones posibles: o bien seguimos hundiéndonos, bajo la bandera de Solidaridad, en un sistema artificial pero vigente hasta la fecha, y lo justificamos como consecuencia de una transición en la que nos encontramos actualmente, a causa de todas las amenazas que nos acechan, o bien permitimos la división, controlada o no, del bloque de Solidaridad en dos grupos de orientación antagónica que habrán de enfrentarse, o bien, finalmente, arriamos la bandera de Solidaridad, disolvemos el parlamento y convocamos a nuevas elecciones, permitiendo el libre juego de fuerzas.

Cada una de estas soluciones acusa enormes defectos: la primera congela el desarrollo de la vida pública, permite que las élites políticas actuales se apropien de la herencia de Solidaridad y controlen las decisiones políticas decisivas en el

país. La segunda introduce limitaciones desde la cúpula, ya que decreta en cierto modo las divisiones políticas y prácticamente obstruye el desarrollo de iniciativas gestadas fuera de Solidaridad. La tercera, por último, teniendo en cuenta la debilidad, la dispersión y la falta de reconocimiento, amenaza con la desestabilización y anarquización de todo el sistema político, en una palabra: es una trampa de la que sería verdaderamente difícil encontrar la salida.

Otra cuestión es la mitología del movimiento social, cuya influencia causa muchos problemas, sobre todo después de la toma del gobierno por la oposición. Solidaridad era un movimiento social de masas, capaz de movilizar a millones de polacos en la lucha contra el gobierno comunista. Además utilizaba con ese fin métodos de presión no violentos. Lo inspiraba la flexibilidad: concesiones absolutas y condiciones, renunciando al odio y a la violencia. Esta táctica —también en el caso de Polonia— resultó ser eficaz, condujo a "la mesa redonda" y abolió aquel contrato "mesorredondal" poniendo en las manos de la oposición de Solidaridad mucho más de lo que dicho convenio garantizaba. Sin embargo en aquel momento el papel que desempeñaba dejó de ser necesario. La toma del poder por el gobierno de Solidaridad canceló la época de lucha e inició la etapa de administración.

Para el manejo eficaz del país, la tradición del movimiento social de Solidaridad no ayuda, y puede, al contrario, estorbar, ya que la administración no se sustenta en la movilización de masas para realizar ciertas acciones comunes, sino en la introducción en la vida de los mecanismos que posibilitan la toma eficiente y expedita de decisiones y su óptima ejecución. Las llamadas del Primer Ministro a una mayor explotación del carbón, o a la organización de movimientos caritativos por el Ministro del Trabajo, pueden resultar efectistas, sin embargo, los frutos de esa labor, a pesar de sus efectos concretos, no le competen en su totalidad al gobierno.

Para crear mecanismos eficaces de gobierno es indispensable el buen funcionamiento del aparato administrativo, con sus jerarquías, con división de obligaciones y responsabilidades. En el momento de crearlos habrá que olvidar los compromisos políticos y la dependencia, así como la suavidad y la tolerancia. Se hará necesaria la firmeza en las decisiones y aun la violencia; así son las reglas del juego y solamente así se puede forzar la eficacia en la realización del programa del gobierno. Sin embargo, se tiene la impresión de que la fraseología de Solidaridad se ha impuesto en la imaginación de los nuevos gobernantes, por lo que predomina la suavidad y se superpone a la toma de las decisiones, el concepto de los "gentlemen" sobre sus antiguos adversarios políticos influye en la eficacia de sus propias actuaciones, pero al gobierno se le habrán de exigir cuentas claras de su eficacia. El problema mayor es, por supuesto, el mito del sindicato Solidaridad, que fue el sindicato de todos contra un solo patrón: el estado. Su estructura regional reproducía la estructura estatal, lo cual en los años 1980 - 1981 tenía una justificación. La situación empieza a complicarse cuando Solidaridad —en esta nueva situación— continúa como un sindicato para todos, es decir para los empleados y los empleadores a la vez, para los obreros de las siderúrgicas y los campesinos, para los mineros y las educadoras, los compradores y los vendedores; es decir, para distintos grupos profesionales con intereses a veces contrarios. La situación de Solidaridad es aun más complicada

cuando permanece en las estructuras regionales para luchar ¿contra quién? Contra sus propias autoridades, nombradas en elecciones libres para los gobiernos regionales autónomos. Por otra parte ¿cómo puede oponerse el sindicato a la rígida política económica de su propio gobierno, ya que pertenece al mismo Solidaridad, un gobierno que en el marco de las reformas económicas crea un ejército de desempleados y hace bajar drásticamente el nivel de vida de los trabajadores?

Ese sindicato —con el que tenemos que tratar—, dentro de las estructuras copiadas del viejo modelo, no sabe bien cómo encontrar su propio lugar, está desorientado y es incapaz de formularse tareas concretas. Lo demuestran la reducida cantidad de sus miembros hasta la fecha y la escasa probabilidad de que aumenten en un futuro inmediato, a lo que hay que sumar la falta de coordinación en las declaraciones de las máximas autoridades sindicales, que no saben bien a bien si gobiernan el país, si luchan contra el gobierno usurpador o si disputan con las jefaturas de las empresas particulares por los sueldos y despidos de los trabajadores. El peso de la herencia de Solidaridad ha sido catastrófico para el sindicato. El 13 de diciembre de 1981 se destruyó Solidaridad como un organismo vivo y real. El 4 de junio de 1989 se inició el principio del fin de Solidaridad encerrado en su propio mito. Desde que desmoronaba como un ariete la fortaleza del socialismo real, Solidaridad empezó a transformarse en un corsé que cada vez más paraliza los movimientos de la sociedad que trata de liberarse. Antes de que sea demasiado tarde hay que arriar las banderas de Solidaridad. Arriarlas y guardarlas, porque —como dice Lech Walesa— pueden serle útiles a la generación que viene para luchar contra nosotros.

